de las apáticas filas de los Voluntarios de Estado, que bajo el mando de Goicoechea, y en obediencia á la orden recibida del Marqués de Palacio, permanecían inmóviles, no impasibles, en su línea de formación, el teniente D. Jacinto Ruíz y Mendoza, soldado africano, que en un cuerpo débil y enfermo encerraba un corazón intrépido y valiente, tendió el brazo y la espada desnuda entre las espadas desnudas de los artilleros, y juró con ellos morir en aras de la libertad de la patria.»

A esta escena, digna de la musa épica de Homero, asistían, además de Daoíz con los trece soldados y cabos de su compañía de artilleros; además de Velarde y Arango, ayudante del Parque, los capitanes D. José Dalp, D. José Córdoba de Figueroa y D. Juan Cónsul, el subteniente D. Felipe Carpeña (todos de artillería) y el capitán exento de Guardias de Corps D. José Pacheco, pues otros dos oficiales de marina que también se habían presentado en el Parque, el alférez de fragata D. Juan Van-Halen y el de igual clase D. José Hezeta, se apresuraron á salir de aquel sitio por la puertecilla lateral de la calle de San Andrés, para avocarse con el Ministro de la Guerra O'Farril y pedirle que enviase al Parque, en auxilio del puñado de artilleros que allí quedaba, alguna fuerza militar de la poca que en Madrid había.

En el primer acto de los artilleros, al romper el fuego, cuando los gastadores del batallón francés estaban ya sobre la puerta cerrada del Parque, á Ruíz no cupo participación alguna. Daoíz mandó hacer consecutivamente sus tres disparos de cañón, que llevaron la muerte á los franceses en sus apretadas filas por entre las horadaciones que en la desecha puerta abrieron con horrible estrago los proyectiles, mientras que Velarde dirigía desde las ventanas el fuego de fusilería del paisanaje armado, que hería ya de espaldas al enemigo fugitivo. Entonces acabó de organizarse la defensa. Sacáronse las tres piezas que embocaron las calles por donde era de esperar la nueva agresión del extranjero (Fuencarral, Ancha de San Bernardo y San Pedro), el cual no tardó en aparecer por la de San Bernardo (el 4.º regimiento provisional). Mas esta vez sólo emprendió una escaramuza á fuego graneado, para entretener las fuerzas españolas militares y del pueblo, mientras en las plazuelas y puntos estratégicos contiguos se concertaba, con la llegada de otras tropas, un ataque general y simultáneo por distintos lados.

«En esta refriega sin gloria (*)—he escrito yo en mi obra referi-

---

(*) La herida de Ruíz la refiere D. Rafael Arango en los términos siguientes: «.....En esta ocasión fué también que el *muy valeroso Ruíz*, teniente de granaderos del Estado, se separó de su tropa inmóvil, se presentó gallardamente fuera de la puerta, y allí, después de haber dado muestras de *un oficial hazañoso*, resultó herido en el